zedla aora, y resucitadme este niño. Y con esto le puso sobre los pechos vn pedacito de Abito del Siervo de Dios, y aviendo passado quatro horas de la muerte del dicho Mulatillo, de repente resucitò, y començò à andar por su pie, y pidiò de comer, y quedò del todo sano, sin lesion alguna.

El año siguiente de mil seiscientos y tres, otro muchacho Mulatillo, Simon, de dos años, esclavo tambien de la referida doña Catalina Perez, cayò acaso de vna muy alta ventana de su casa à vn patio enlosado, donde quedò muerto, y absolutamente sin vida; y despues de quatro, ò cinco horas, en que todos los de la casa lo avian visto, y juzgado por muerto, la dicha señora con su fee antigua, y acostumbrada devocion, no cessava de clamar à su pariente el Santo Aparicio, poniendo el mismo pedacito de Abito sobre el niño, el qual, despues de todo este tiempo, resucitò, y bolviò riendose, como sino huviesse tenido mal alguno, y viviò mucho tiempo sano, hasta que despues lo fascinaron, ò le hizieron mal de ojo, y enfermò tanto, que en la garganta se le hizo vna grande llaga, y peligrosa, por lo qual se esperava ya en breve su muerte. Estando en este estado, compadecida la dicha doña Catalina Perez, clamò con muchas veras al Venerable Padre Aparicio, y poniendole solo vnas hilas blancas, con el pedazito de Abito del Siervo de Dios sobre la llaga, sin otro medicamento alguno, luego se le empezò à cerrar, y à los ocho dias estava de todo punto cerrada, y el niño bueno, y sano. No es para passada sin ponderacion la materia deste Capitulo: Giezi aun embiando del Profeta Eliseo, y con su proprio baculo, en que parece le quiso comunicar su virtud, y potestad, para que tocando con èl al hijo de la Sunamitis, y llegandoselo al rostro, recibiesse vida, con todo aunque lo hizo assi Giezi, el niño se quedò muerto sin dar muestra alguna de voz, sentido, ò espiritu vital, hasta que el mismo Profeta se encerrò con èl, y acomodando parte por parte de su cuerpo à las del niño, lo calentò, y resucitò. Pero acà con aplicar, solo imperados de la devocion, vna partecita de la carne del Venerable Padre Aparicio, y vn paño tocado à su cuerpo, ò vn pedazito del Abito que vestia, son nueve los niños que han resucitado, en que se manifiesta claramente quanto favorece Dios nuestro Señor con su po-

poder infinito à este su Siervo.

CAPITVLO XII.

De otros ponderables milagros, que Dios N. Señor obrò por su Siervo Aparicio.

PAra que Faraon, y los Egipcios reconocieran, que Moyses era embiado de Dios, y que como à su querido amigo le avia concedido plenitud de potestad, para que sacasse de servidumbre à su Pueblo, le diò vna vara, que llevasse en la mano, la qual fuesse el instrumento de sus maravillas; y assi se valia de ella siempre que era necessario hazer algun prodigio, con q̃ confundir al tirano, ò con que socorrer à los Israelitas; y segun esto varas altas de la Omnipotencia de Dios eran todas las cosas de Aparicio, ò aquellas, à que tocava su mano; pues con todas se han obrado maravillosos prodigios; como se verà en este Capitulo, y en los que se siguen, à mas de los que quedan referidos en toda la historia.

Estando Maria Rodriguez, muger de Iuan Baptista Garcia, en su hazienda de labor, le llevaron vn niño de dos años, Indiçuelo, llamado Mateo, para que lo curasse. Recibiòlo ella en los brazos, y viendolo que se estava muriendo, porque ya tenia los ojos quebrados no se atreviò à aplicarle remedio alguno, porque qualquiera que fuesse, lo considerava superfluo, è ineficaz por estar tan postrada aquella delicada naturaleza, mas con la mucha devocion, y fee, que tenia al Venerable Padre Aparicio, sacò vn poco de tierra, que era de su sepulcro, y mezclandola con agua, la hizo lodo, y se lo puso al niño moribundo, y sin otro medicamento, se lo entregò à su madre: la qual dentro de dos dias se lo bolviò à embiar bueno, y sano, agradeciendole la curacion tan eficaz que avia hecho à su hijo. Y ella dixo, que le diesse à Dios las gracias, y à su Siervo Aparicio, que era el que le avia curado; reconociendo que la dicha medicina, aunque fue de tierra, nada tenia de terrena eficacia, ni natural, sino toda del Cielo.

Juan de Cardenas, y su muger Iuana Cid, tenian vn hijo de edad de siete meses, el qual estando acostado en vna cuna, echaron encima inadvertidamente dos colchones grandes, que avian quitado de vna cama. Quando ad-

advirtieron el hecho, levantaron los colchones, y hallaron que el niño estava ya casi ahogado; y con la fuerça que avia hecho, solicitando naturalmente respiracion, se avia quebrado. Por entonces se le hizieron remedios, para que bolviesse del peligro; pero la quebradura no se le pudo soldar. El padre aperfarado del sucesso, mandò que se le pusiesse vn braguerito, para que no creciesse el daño, y se hiziesse mas irremediable; pero esto se le olvidò à la madre que avia de ser la executora por mas de tres Semanas. De lo qual enfadado dicho Iuan de Cardenas, diò à su muger el dinero, con que se avia de comprar, que eran quatro reales, y asignò por termino aquel dia, para que antes que se passasse, se lo huviessen puesto. Mas con todo se le olvidò à la madre, debiò de ser disposicion Soberana, para que reluciessen sus obras. Llegada la noche, se acongoxò la muger, por la pesadumbre que esperava tener con el marido, y tambien porque quisiera ver remediado à su hijo. Y vexada destas consideraciones, recurriò, como por vnico remedio, al amparo del Venerable Padre Aparicio, implorando su favor con grandes ansias, y juntamente puso al niño con vnas vendas vn poco de Abito, que tenia del Venerable Padre, y vn pedazo de toca, que avia tocado à su cuerpo. Y mientras se durmiò, no dexava de estar pidiendo al Venerable Aparicio, que le sanasse à su hijo. A la mañana sucediò, que yendo à desembolver al niño, para vestirle de limpio, registrò el lugar de la quebradura, y viò que estava bueno, y sano, como si tal achaque no huviesse padecido.

Estando D. Felipa Cortès preñada en vna Estancia de su morada, le dieron los dolores del parto, y fue precisso que su marido fuesse vna legua de alli, al Pueblo de Guegozinco à traer vna partera que le ayudasse; en aquel tiempo le crecieron los dolores de manera, que conociò estar ya muy proxima à parir, y hallandose sola sin persona alguna, que le assistiesse, invocò con todo ahinco, y devocion al Padre Aparicio, que le favoreciese. Y fue tan presto en oirle, que luego al instante pariò, y segun se presume, fue en pie, pues del golpe que diò la criatura en el suelo al nacer, ella sola se descalabrò, y partiò la cabeza. Aqui creciò su congoxa, pues avia de atender à su propria necessidad en vn trance tan peligroso, y à la de su hijo herido, quando apenas avia nacido. Mas aqui fue donde mas aviuò su fee; pues con mayor confiança dixo: *Padre Aparicio, pues me aveis dado hijo, me lo aveis de dar sano.* Y buscando con que curarlo, no hallò otra cosa, sino fue vn pedazo de cera, la qual estendiò, y se la puso en la herida, y ella procurò abrigarse, quanto le diò lugar su soledad. Quando vinieron el marido, y la partera, que admiraron tanta presteza, y felicidad en el parto, y les dixo lo que avia sucedido con la criatura, de averse descalabrado al caer, fueron à registrarla, y quitandole la cera, le hallaron la cabeza buena, y sana, y sin señal alguna de herida.

Al mismo niño, siendo de edad de quatro años poco mas, ò menos, le diò vna mula vna coz en la cara, que se la hizo pedazos, y quedò como muerto; la madre, que tenia experiencia de lo que avia favorecido el Venerable Padre à su hijo, con grande confiança se lo encomendava, y virtiendo lagrimas, le pedia su salud, y vida, y esta peticion la continuò por espacio de tres horas, al fin de las quales el niño bolviò en si, y pidiò pan, y la madre diò muchas gracias à Dios por ello. Este mismo niño siendo ya edad de onze años, y estando tajando vna pluma con vn cuchillo agudo de punta, dixo vnas palabras, que no sonaron bien en los oìdos de su madre, la qual por corregirle, le quiso dar vna bofetada, y al executar el golpe, como el muchacho se fuesse à reparar con la mano derecha en que tenia el cuchillo, se lo entrò à la madre por la palma de la mano, con tanta violencia, que le saliò del otro lado. Y con el gravissimo dolor, que sintiò, diò vna grande vozdiziendo: *Padre Aparicio, que me he muerto.* Inmediatamente con la mano izquierda se sacò el cuchillo; y llegando su hermano Juan Merino, que presente estava, à quererla ayudar, y curar, quando entendiò que quedasse para siempre manca (porque le avia visto atravesada la mano con el cuchillo) hallo que ni herida tenia, porque se le avia cerrado; pero le avia quedado la mano, y todo el brazo hinchado, y dolorido. Mas la muger que tenia el caso por milagroso, quiso hazer lo que en la primera ocasion, y que quien avia empezado el milagro, lo continuasse. Y assi fue à vn escritorio, y sacando vn paño, que en èl tenia, con que se avia limpiado el cuerpo del

Venerable Padre Aparicio, quãdo estava sudando difunto en el Feretro, y se lo embolviò en el brazo, y al punto se le quitò la hinchazon, y dolor, y quedò totalmente buena.

A Ioseph Muñoz niño de nueve años, le sobrevino vn accidente en el oìdo izquierdo con tanta pujança, que con intenso dolor le purgava mucha materia sucia, y asquerosa, que causava compassion notable en todos los que le veìan, y no podian sufrir el pestilente olor, que despedia, y aunque su padre Iuan Muñoz de la Barba (como Barbero que era) y otros diversos Medicos, y Cirujanos le avian hecho muchos medicamentos, no le aprovechavan, antes iba cada dia en aumento la purgacion, y dolor, sin cessar en quatro años continuos, teniendo ya èl treze de edad. En esta ocasion vn Religioso, que era *Maestro* de Novicios del Convento de la Puebla, diò al padre del dicho enfermo vn pedazito de Abito del Siervo de Dios Aparicio, vn poco de lienço de sus paños menores, y vnos cabellos tambien suyos. Todo lo qual llevò à su hijo, y le dixo: Toma estas Reliquias del Padre Aparicio, encomiendate à èl, y pontelas sobre el oìdo, que el Santo Varon te quitarà essa enfermedad. El niño las recibiò en las manos, y poniendo sobre ellas el oìdo enfermo, se acostò assi, y se quedò dormido sin que se oyesse quexar en toda la noche; à la mañana, quando le preguntò su padre como le avia ido, respondiò que muy bien, porque ya nada le dolia; y desde entonces se le estancò la purgacion, le cessò el dolor, y quedò totalmente bueno.

En la hazienda de doña Catalina Perez, q̃ està en la Cienegade Guegozinco, estaua vna India de parto, y aviendo echado la criatura, vna de las mugeres, que alli estavan, sin entender lo que hazia, le cortò la vid, con la qual al punto se le subieron arriba las pares, y la ahogavan sin remedio, y todos dezian que ya se moria. Viendo la dicha doña Catalina semejante peligro, se hincò de rodillas, y pidiò à Dios nuestro Señor, y al Venerable Aparicio (à quien llamava hermano como se dixo en el Capitulo passado) que no permitiesse muriesse assi aquella pobre sin confession, y despues tomò el pedazito de Abito del Venerable Padre, que traì consigo, y poniendoselo sobre el vientre à la dicha India, luego instantaneamente arrojò las pares, y el zurron, en que avia venido la criatura, y ella quedò buena, y libre de riesgo.

Ana Martin de Figueroa avia estado agonizãdo algunos dias, con gran desconsuelo de las personas, que le assistian, porque por vna parte no avia, ni leve esperança de que viviesse, y por otra la veìan penar en terrible agonia. Vna hija de la dicha enferma, à quien lastimava el sentimiento, clamò al Venerable Padre Aparicio vna noche, y le pidiò con fervor rogasse à Dios nuestro Señor, fuesse servido de despenar à su madre, y abreviarle aquel, que juzgavan Purgatorio, en que estava padeciendo. Y en aquel punto, que seria entre nueve, y diez de la noche, oyò vna voz que clara, y distintamente le dixo: *Levantate à la mañana, y vè à San Francisco, y las dos primeras Missas, que saldràn à dezir dos Frayles viejos en el Altar de Nuestra Señora, y en el de San Diego, las oìras, y las aplicaràs por tu madre, que las ha menester.* Dicha hija de doña Maria de Figueroa quedò absorta, y creyendo verdaderamente, que avia sido la voz del Venerable Padre Aparicio, en cumplimiento de lo que le ordenava, en amaneciendo, fue al Convento de San Francisco, y viò que salia à dezir Missa en el Altar de San Diego el Padre Fray Christoval de Zea, Religioso anciano, y que avia sido Guardian en el mismo Convento, y en el Altar de Nuestra Señora saliò à dezirla otro Religioso tambien anciano, que no supo como se llamava. Ambas Missas oyò, y pidiò à Dios nuestro Señor por su madre, la qual luego aquella noche muriò con buena disposicion, como se cree, y con consuelo de la hija por las buenas premissas, que avia tenido.

Diego del Rio padeciò siete años seguidos de calenturas, sin que medicamento alguno, de muchos que se le hizieron, le aliviasse, y casi los vltimos cinco años sin esperança alguna de su vida; pero mucho mas al cabo de este tiempo, que totalmente le avian desahuciado los Medicos. Y oyendo dezir los muchos milagros, que Dios nuestro Señor obrava por medio de su Siervo Aparicio, mandò traer vna capilla suya, que por gran Reliquia le avia dado vn su amigo, llamado Pedro Sãchez, quando muriò el Venerable Padre; y tomandola con mucha devocion se la aplicò, y rogò al Siervo de Dios se sirviesse de alcançarle salud, si convenia. Y desde aquel punto co-

començò à mejorar, hasta que en el todo quedò bueno, y fuerte, atribuyendo siempre su salud à los meritos, è intercession del Venerable Padre Aparicio.

Llegò à casa de Juana de los Reyes vn hombre forastero cõ vn ojo hinchado, de que avia tres dias que estava padeciendo gravissimos dolores, y la dicha Juana de los Reyes compadecida de verle, sacò vn paño, que avia sido tocado al cuerpo del Venerable Padre Aparicio, quãdo desenterrandole por orden del señor Obispo Don Diego Romano, le dieron vna lancetada en vn muslo, con cuya sangre estava manchado dicho paño; y luego que se lo puso, sin otro algun medicamento, en aquel mismo instante abriò el ojo, viò con èl, y se le quitò el dolor; el dia siguiente amaneciò sin la hinchazon, y quedò en el todo sano, y bueno.

Estando preñada Luisa Xuarez, fue al Convento de San Francisco à hazer oracion, y à pedir al Padre Aparicio, le diesse buen sucesso al parir, y bolviendose à la tarde à su casa, estavan jugando Toros en la Plaza, de donde saliò vno que encontrò à la dicha Luisa, y à su madre, que iba en su compañia. Ella con el impedimento de la preñez, y la turbacion en que se hallava, cayò en el suelo, pero siempre invocando madre, y hija à grandes vozes, y con afectos de su corazon el auxilio del Padre Aparicio. En esto llegò à ellas el Toro, y à la vna arrancò con las astas la guarnicion de la saya, y se passò sin hazerles otro daño, aunque venia perseguido, y aguijoneado, lo qual tuvieron à milagro del Siervo de Dios Aparicio, no solo el averse librado de tan manifiesto riesgo; pero no aver abortado con vn susto tan gran de la que estava preñada, y mas aviendose caydo.

Antonio Gomez Maya tenia vn hijo de ocho meses, quebrado, y no aviendole aprovechado muchas curas, que se le avian hecho, fue su muger Maria Rodriguez de la Paba à la Parroquia del Señor San Ioseph, donde oyò contar de vn hombre, que avia gastado gran cantidad de hazienda, en curar vn niño quebrado, y que no pudiendo conseguir el verlo sano, lo avia ofrecido al Venerable Padre Aparicio, y con esto avia sanado; con lo qual tuvo ella motivo para hazer lo mismo, y luego el dia siguiẽte lleuò à su hijo à la Iglesia de San Francisco, y alli lo encomendò

dò al Siervo de Dios, y pidiò al Sacristan, que de su sepulcro le diesse vn poco de tierra, de la qual puso al niño enfermo vn emplasto en el lugar de la quebradura, y quando en su casa se la fue à registrar, hallò que ya estava libre della, y sano. La misma Maria Rodriguez pariò despues otro hijo, y reconociendo à los seis meses que stava tambien quebrado, con la experiencia que tenia de tan eficaz remedio, como era la tierra, en que avia estado el cuerpo del Venerable Padre Aparicio, hizo la misma diligencia de ponersela à este segundo, y luego inmediatamente sanò.

Diego de Palma, Indio, natural, y principal del Pueblo de Santa Maria Moyotzinco, anduvo por espacio de quatro años perseguido de gravissimas tentaciones diabolicas, porque oìa sensiblemẽte, que le hablavan al oìdo, y le persuadian, que hiziesse grandes disparates, y como por fuerça lo compelian, y llevavan à las barrancas, para que se despeñasse; todo esto sin saber èl de donde le procedian. Y por huir desta vexacion, se saliò de su tierra amedrentado, y afligido; mas viendo que no cessava, y entendiendo ser persecucion del demonio, fue à la Hermita de San Diego, donde confessò, y comulgò, y estuvo alli vn dia velando, mandò dezir muchas Missas, y se puso vn Escapulario en honor del Santo, y con todo padecia como siempre sin alivio alguno; de que se veìa notablemente desconsolado. Por vltimo, Domingo Perez Forte, le diò vn pedazo de Abito del Venerable Padre Aparicio, y le dixo que se encomendasse à èl con verdadera fee, lo qual hizo assi el dicho Indio, poniendose al cuello el pedazo de Abito, y luego en aquel punto quedò libre totalmente de los espantos, y tentaciones, y nunca mas oyò la voz que solia.

CAPITVLO XIII.

Prosiguese la materia de los milagros que hizo Dios nuestro Señor por su Siervo Aparicio.

GAspar Mendez estava gravemente enfermo de vna apostema en la garganta, de que llegò à los vltimos terminos de la vida, y los Medicos le desahuciaron, dizẽdo que no tenia remedio: A este tiempo, vna muger llamada Isabel Cortès, le dixo que se en-